

Salmos de días que fueron peores

CON Mutaciones de la realidad (*)

se confirma que la argentina Olga Orozco es, para bien y para mal, poeta de evolución muy limitada (la evolución no es en sí una cualidad) y con obsesiones familiares para quienes hayan seguido de cerca su obra, especialmente desde *Los juegos peligrosos* (1962) hasta la reciente publicación de la *Obra poética* por Ediciones Corregidor de Buenos Aires: poesía fecundada en las imágenes, fuertemente barroca y aguzada por los fantasmas de la realidad. Una realidad que tiene distintos niveles y que, por lo tanto, se multiplica hasta el infinito en sus significaciones o variaciones en torno a la realidad como apariencia (las máscaras de la realidad de Octavio Paz), la realidad más profunda, caótica, iluminadora y a la vez cegadora y, finalmente, la visión última, la experiencia del instante como reflejo de la eternidad. Una realidad como un deseo y a la vez insoportable por su intensidad, lo que explica las frecuentes contradicciones, los rechazos y los abandonos, la agitación expresiva, las invocaciones, las preguntas y las exclamaciones. Un mundo familiar en la literatura contemporánea con el desgarramiento entre placer y dolor, entre individuo y solidaridad humana (la «otredad» de paz, la pérdida del yo en «Atavíos y ceremonial»), entre el caos y la redención, entre la búsqueda y la aceptación; la estremecedora búsqueda dantesca con la iluminación del paraíso imposible; el viaje de Eliot, aquí con reinos siempre perdidos o lejanos y expresado en un lenguaje de fuerte resonancia bíblica o evangélica; el paso a la otra experiencia de la narrativa de Cortázar; las imágenes visionarias del simbolismo, muy cercanas a las del Gimferrer de *L'espai desert*, las caóticas del Neruda de *Residencia en la tierra* y, sobre todo, el lenguaje de la poesía mística.

«Mutaciones de la realidad» es el poema más iluminador en lo que se refiere a la oposición entre la realidad exterior o aparente y la realidad interior: el salto a las tinieblas, el caos, el vacío, la nostalgia, el recuerdo y el porvenir que aparecen reiteradamente a lo largo del libro se concentran aquí como imposibilidad de llegar a la visión: los presagios huyen con la muerte y los vislumbres «se trizan en alucinaciones». En «Objetos al acecho» aparecen de nuevo las dos realidades, pero ahora la experiencia de la «otra» realidad es tan dolorosa o peligrosa que el poeta prefiere protegerse en «mi pequeña certeza cotidiana». La terrible experiencia de sumergirse en la noche oscura está expresada en «Presentimientos en traje de ritual»

y, sobre todo, en «Operación nocturna», con la casa de las mansas costumbres amenazada por las pesadillas pero capaz de resistir «con su muestrario de apariencias a los embates de la mutación», mientras que en «Rehenes de otro mundo» se alcanza por un instante la visión mística: «Pero esa misma mano mordida por la trampa rozó la eternidad, esa misma pupila trizada por la luz fue un fragmento de sol, esas sílabas rotas en la boca fueron por un instante la palabra»; esta palabra que en «Densos vuelos te cubren, poesía» se expresa a nivel de poética: el poeta observa la realidad para atisbar «Algo con que alumbrar las sílabas dispersas de un código perdido / para poder leer en estas piedras mi costado invisible. / Pero ningún pentecostés de alas ardientes descendiendo sobre mí»; el baluceo del lenguaje expresa la proximidad de la visión, pero las tinieblas «me sustraen la visión entre un batir de puertas» para concluir: «¡Un puñado de polvo, mis vocablos!». Incluso el amor, «pentecostés con llamas de exterminio», que una vez iluminara místicamente el alma, se ve derrotado ante la frontera de la realidad inmediata y de la realidad temporal. Sólo en la larga elegía «Crónica entre dos ríos» se encuentra un luminoso reposo en el recuerdo, en la infancia, en el paisaje, en la amistad, en la poesía.

Con un envidiable sentimiento de rebeldía y una fascinación por los contrastes sociales —tan crudamente ostensibles—, Goytisoló miró intensamente la atmósfera agobiante de aquellos días que fueron peores porque además de tristes fueron secos, decepcionantes, cerrados y patéticos. De su observación salió la necesidad de afirmar la vida a través del poder modificador de la palabra hecha poesía.

Con una vitalidad mordaz, burlona e insolente, Goytisoló describe el mundo de las descaradas vanidades y el menos hinchado y pequeño de la angustia, el desamparo y la desadaptación. No hace abstracción de una situación concreta sino que intenta liberarse de su sobrecogimiento yendo al encuentro de la desesperación y el temblor vital que palpita en el todo. Y para decir lo que siente y le desgarran no utiliza aparatosos recursos formales sino un lenguaje lleno de cotidiana sencillez.

Los diferentes estratos sociales que forman el complejo argumento de sus poemas se entremezclan continuamente pero siguen conservando siempre los rasgos de su fuerte e inevitable singularidad.

Sobre algunos poemas de este pequeño libro revolotea una sutilísima

e íntima complacencia por confundir y escandalizar a quienes describe crudamente en su artificiosa afectación y sabe que no van a comprenderle porque a ellos, aunque sean los amos del prestigio, la caridad y el premio, no les corresponde la irresponsabilidad de la inocencia. Sobre otros se extiende una sencillez patética y emocionada y el poeta se vuelve a tiempo, con una ternura que llega al abrazo hondo y a la humanísima caricia a las niñas «que se irán poniendo feas, frías y mojadas», y a aquel niño que él mismo fue y que no servía para nada.

Desde el primer poema —satírico y burlón— dedicado a los «Celestiales» que todo lo pueden, al último, que dedica al soldado atrapado en el tótem de los símbolos de los nobles ideales por los que se entrega a su trágico destino de muerte, al discurso de su poesía tiene algo de elementalmente sencillo, comunicativo, evidente. Y aun cuando la corrosión afila y endurece las palabras cuando éstas invaden los refugios amurallados de una clase que se sueña eterna, monolítica y libre de incómodas fisuras, su libro se salva de ser un simple panfleto por la levedad con que se retira del tema una vez tocado. Goytisoló anota escrupulosamente, renunciando a todo dogmatismo, la cara y la cruz de los espiadores de aquellos que jamás se confesarán mágicos, adúlteros u homicidas. Los inocentes cuentan además con su solidaridad.

«Salmos al viento» es un libro descargado de exotismos o pesos muertos y su lectura hoy constituye algo más que el encuentro con una curiosidad histórica.

María ALESSANCO

(*). «Salmos al viento». Editorial Lumen, colección El Bardo. Barcelona, 1980.